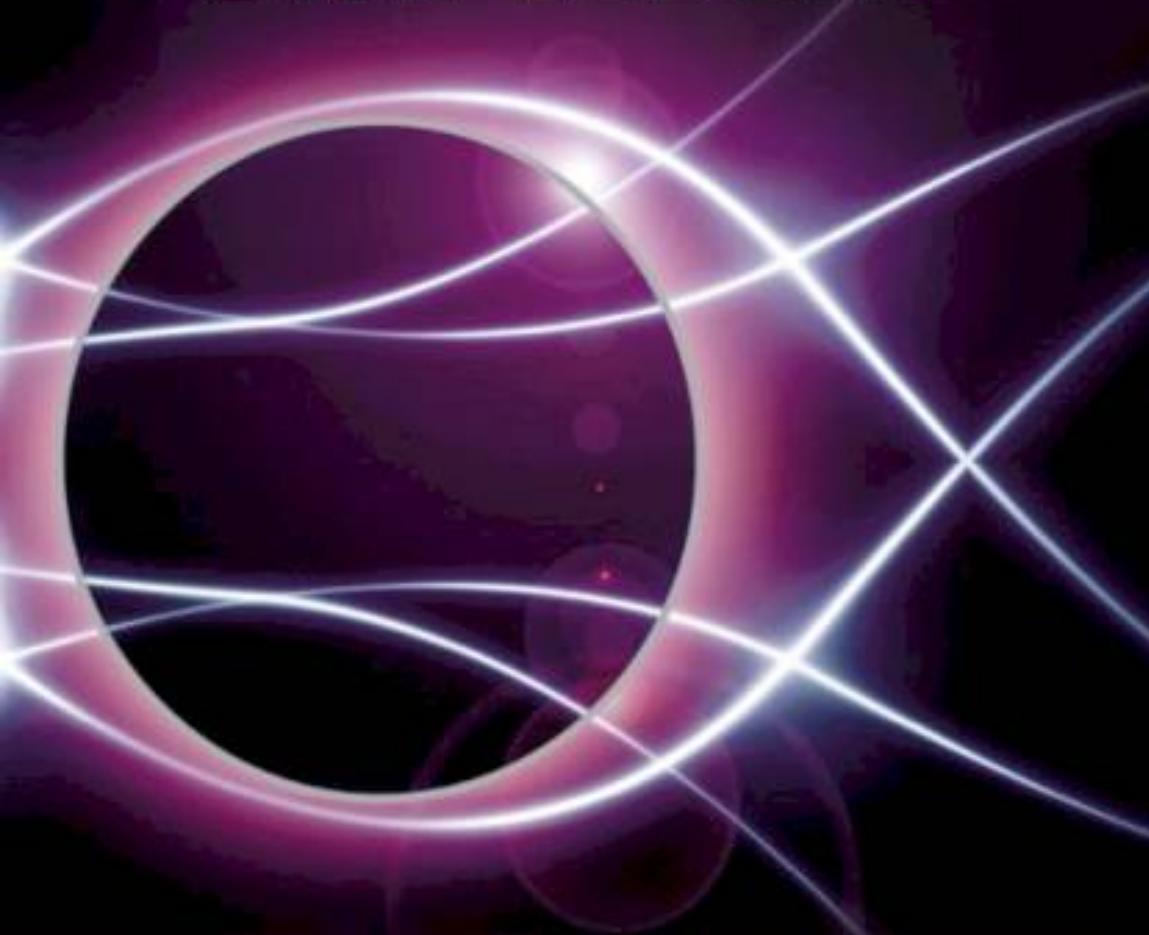


*Olaf*

**STAPLEDON**



**HACEDOR DE  
ESTRELLAS**

Una noche de amargura y desengaño, un hombre contempla el firmamento desde lo alto de una colina. De pronto se ve inmerso en una suerte de viaje astral que lo traslada por toda la galaxia, de la que explorará el nacimiento y el ocaso, con la meta última de comprender la naturaleza de la fuerza primigenia, el enigmático «*hacedor de estrellas*».

Stapledon abre un gran angular cuyo protagonista es la inmensidad del tiempo y del espacio, invitándonos a una auténtica aventura existencial. Entre la cosmogonía y la fábula científica, ésta es, en palabras de Borges, una «novela prodigiosa» que ha merecido un lugar privilegiado entre los clásicos de la ciencia ficción.

## Nota preliminar

Hacia 1930, ya bien cumplidos los cuarenta años, William Olaf Stapledon abordó por primera vez el ejercicio de la literatura. A esta iniciación tardía se debe el hecho de que no aprendió nunca ciertas destrezas técnicas y de que no había contraído ciertas malas costumbres. El examen de su estilo, en el que se advierte un exceso de palabras abstractas, sugiere que antes de escribir había leído mucha filosofía y pocas novelas o poemas. En lo que se refiere a su carácter y a su destino, más vale transcribir sus propias palabras: «Soy un chapucero congénito, protegido (¿o estropeado?) por el sistema capitalista. Sólo ahora al cabo de medio siglo de esfuerzo, he empezado a aprender a desempeñarme. Mi niñez duró unos veinticinco años; la moldearon el Canal de Suez, el pueblito de Abbotsholme y la *Universidad de Oxford*. Ensayé diversas carreras y periódicamente hube de huir ante el inminente desastre. Maestro de escuela, aprendí de memoria capítulos enteros de la "Escritura", la víspera de la lección de historia sagrada. En una oficina de Liverpool eché a perder listas de cargas: en Port Said, candorosamente permití que los capitanes llevaran más carbón que el estipulado. Me propuse educar al pueblo: peones de minas y obreros ferroviarios me enseñaron más cosas de las que aprendieron de mí. La guerra de 1914 me encontró muy pacífico. En el frente francés manejé una ambulancia de la Cruz Roja. Después: un casamiento romántico, hijos, el hábito y la pasión del hogar. Me desperté como adolescente casado a los treinta y cinco años. Penosamente pasé del estado larval a una madurez informe

atrasada. Me dominaron dos experiencias: la filosofía y el trágico desorden de la colmena humana... Ahora, ya con un pie sobre el umbral de la adultez mental, advierto con una sonrisa que el otro pisa la sepultura».

La metáfora baladí de la última línea es un ejemplo de la indiferencia literaria de Stapledon, ya que no de su casi ilimitada imaginación. Wells alterna sus monstruos —sus marcianos tentaculares, su hombre invisible, sus proletarios subterráneos y ciegos— con gente cotidiana; Stapledon construye y describe mundos imaginarios con la precisión y con buena parte de la aridez de un naturalista. Sus fantasmagorías biológicas no se dejan contaminar por percances humanos.

En un estudio sobre «*Eureka*» de Poe, Valery ha observado que la cosmogonía es el más antiguo de los géneros literarios; pese a las anticipaciones de Bacon, cuya «*Nueva Atlántida*» se publicó a principio del siglo XVII, cabe afirmar que el más moderno es la fábula o fantasía de carácter científico. Es sabido que Poe abordó aisladamente los dos géneros y acaso inventó el último; Olaf Stapledon los combina, en este libro singular. Para esta exploración imaginaria del tiempo y del espacio, no recurre a vagos mecanismos inconvincentes sino a la fusión de una mente humana con otras, a una suerte de éxtasis lúcido, o (si se quiere) a una variación de cierta famosa doctrina de los cabalistas, que suponían que en el cuerpo de un hombre pueden habitar muchas almas, como en el cuerpo de la mujer que está por ser madre. La mayoría de los colegas de Stapledon parecen arbitrarios o irresponsables; éste, en cambio, deja una impresión de sinceridad, pese a lo singular y a veces monstruoso de sus relatos. No acumula invenciones para la distracción o el estupor de quienes lo leerán; sigue y registra con honesto vigor las complejas y sombrías vicisitudes de su sueño coherente.

Ya que la cronología y la geografía parecen ofrecer al espíritu una misteriosa satisfacción, agregaremos que este

soñador de Universos nació en Liverpool el 10 de mayo de 1886 y que su muerte ocurrió en Londres el 6 de septiembre de 1950. Para los hábitos mentales de nuestro siglo, «*Hacedor de estrellas*» es, además de una prodigiosa novela, un sistema probable o verosímil de la pluralidad de los mundos y de su dramática historia.

*Jorge Luis Borges*

## Prefacio

**E**n un momento en que Europa corre peligro de una catástrofe mayor que la de 1914, este libro podría considerarse una inútil distracción; la defensa del mundo civilizado contra el barbarismo moderno es hoy desesperadamente urgente.

Año tras año, mes tras mes, la situación de nuestra fragmentaria y precaria civilización es más y más grave. El fascismo es cada vez más temerario y despiadado en sus aventuras internacionales, se muestra más tiránico con sus propios ciudadanos, más bárbaro en su desprecio de la vida de la mente. Aún en nuestro propio país hay razones para temer una reciente tendencia a la militarización y a la restricción de las libertades civiles. Pasan además las décadas, y no se da ningún paso decidido para aliviar la injusticia de nuestro orden social. Nuestro gastado sistema económico condena a millones a la frustración.

En estas condiciones es difícil para los escritores cumplir su vocación con coraje y equilibrado juicio a la vez. Algunos se contentan con encogerse de hombros y abandonan la lucha central de nuestra época; cierran las mentes a los problemas más vitales del mundo e inevitablemente producen no sólo obras que no tienen ningún significado profundo para sus contemporáneos sino que son también sutilmente insinceras. Pues consciente o inconscientemente, estos escritores deben obligarse a pensar que no hay una crisis en los asuntos humanos, o que esa crisis es menos importante que sus propias obras, o que simplemente no les concierne. Pero la crisis existe, y es de suprema importan-

cia, y nos interesa a todos. ¿Hay acaso algún hombre inteligente e informado que pueda sostener lo contrario sin engañarse a sí mismo?

Sin embargo, siento una viva simpatía por algunos de esos «intelectuales» que declaran no poder contribuir de ningún modo útil a la lucha, y no poder hacer nada mejor que no meterse en ella. Yo soy en verdad, uno de ellos. Pero yo defendería esa posición diciendo que aunque nuestro apoyo a la causa sea inactivo o ineficaz, no la ignoramos. Ella es en realidad nuestra constante y obsesiva preocupación. Pero luego de repetidos y prolongados ensayos nos hemos convencido de que nuestra mejor contribución será siempre de tipo indirecto. Para algunos escritores la situación es distinta. Lanzándose galantemente a la lucha, emplean sus habilidades en redactar urgente propaganda, o hasta toman las armas para intervenir directamente en la causa. Si tienen un talento adecuado, o el punto particular al que aplican su esfuerzo es realmente parte de la gran empresa de defender (o crear) la civilización, pueden realizar, por supuesto, una obra valiosa. Es posible que ganen por añadidura en experiencia y simpatía humana, aumentando así inmensamente su capacidad como escritores. Pero la misma urgencia de esa tarea puede no dejarles ver la importancia de mantener y extender aun en esta época de crisis lo que puede llamarse metafóricamente «la autocrítica de la autoconciencia de la especie humana», o de entender la vida del hombre como un todo en relación con el resto de las cosas. Esto implica la voluntad de ver todas las teorías, ideales y asuntos humanos con el menor prejuicio humano posible. Quienes se lanzan a lo más reñido del combate tienden a convertirse en ciegos partidarios, aunque la causa sea justa y noble. Pierden entonces algo de ese desinterés, esa serenidad de juicio que es al fin y al cabo una de las mejores características humanas. Y así quizá debe ser, pues una lucha desesperada exige más devoción que desinterés. Pero otros pueden servir a esa misma causa tra-

tando de mantener, junto con una humana lealtad, un espíritu más desapasionado. Y quizá la tentativa de ver este mundo turbulento en un escenario de estrellas aclare aún más el significado de la presente crisis. Quizá hasta acreciente nuestro amor al prójimo.

En esta creencia he tratado aquí de trazar un esbozo imaginario de la terrible pero vital totalidad de las cosas. Sé bien que es un esbozo muy inadecuado, y en cierto modo infantil, aun considerado desde el punto de vista de la experiencia humana actual. En una época más calma y juiciosa podría parecer un disparate. Sin embargo, a pesar de su tosquedad, y a pesar de describir algo muy remoto, quizá no sea del todo impertinente.

He corrido el riesgo de oír atronadoras protestas de la derecha y la izquierda, y he utilizado ocasionalmente ciertas ideas y palabras derivadas de la religión, tratando de interpretarlas en relación con las necesidades humanas. Con palabras válidas aún, pero estropeadas por el uso, como «espiritual» y «reverencia» (tan obscenas hoy para la izquierda como las viejas y buenas palabras sexuales para la derecha), he intentado sugerir una experiencia que la derecha pervierte a menudo y la izquierda suele juzgar erróneamente. Esta experiencia, diría yo, implica un desinterés de todo fin privado, social y racial; no porque impulse al hombre a rechazar estos fines, sino porque les da un nuevo valor. La «vida espiritual» parece ser en esencia una tentativa de adoptar la actitud más apropiada para la totalidad de nuestra experiencia, así como la admiración es algo apropiado para el mejor desarrollo del hombre. Esta experiencia puede resultar en una mayor lucidez, y una conciencia de temple más afinado, y beneficiar así notablemente nuestra conducta. En verdad si esta experiencia, humanizadora en grado supremo, no produce, junto con una suerte de piedad ante el destino, la decidida resolución de ayudar al despertar de la humanidad, será sólo simulación y artimaña.



Antes de concluir este prefacio debo expresar mi gratitud al profesor L. C. Martin, y los señores L. H. Myers y E. V. Rieu por sus provechosas y bienintencionadas críticas, que me impulsaron a reescribir muchos capítulos. Aún ahora no sé si debo asociar sus nombres a una obra tan extravagante. De acuerdo con las normas de la novela tradicional, es un libro notablemente malo. En verdad, no es siquiera una novela.

Ciertas ideas acerca de los planetas artificiales me fueron sugeridas por el fascinante librito de J. D. Bernal, «*The World, the Flesh, and the Devil*». Espero que él no desapruebe enérgicamente el uso que he hecho de esas ideas.

A mi mujer debo agradecerle tanto que haya corregido las pruebas como su propia existencia.

Al fin del libro he incluido una nota sobre magnitudes, que puede ser útil para los lectores poco familiarizados con la astronomía. Las escalas de tiempo quizá diviertan a algunos.

**Olaf Stapledon**  
Marzo de 1937

## I - La Tierra

## 1. El punto de partida

Una noche, descorazonado, subí a la colina. Los matorrales me cerraban a menudo el camino. Abajo se ordenaban los faroles de los suburbios. Las ventanas, con las cortinas bajas, eran ojos cerrados, que observaban interiormente la vida de los sueños. Más allá de la sombra del mar, latía un faro. Arriba, oscuridad.

Distinguí nuestra propia casa, una islita en las tumultuosas y amargas corrientes del mundo. Allí durante una década y media, nosotros dos, de características tan distintas, habíamos crecido apoyándonos y alimentándonos mutuamente, en una intrincada simbiosis. Allí habíamos planeado nuestras tareas diarias, y habíamos hablado de las decepciones y curiosidades del día. Allí se habían amontonado las cartas que esperaban respuesta, las medias que necesitaban zurcidos. Allí habían nacido los niños, esas repentinas nuevas vidas. Allí, bajo aquel techo, nuestras dos vidas, resistiéndose a veces una a otra, habían sido en todo momento una vida única, mayor, más consciente que cualquier vida solitaria.

Todo esto, seguramente, era bueno. Sin embargo, había allí amargura. Y la amargura no sólo venía de afuera, del mundo; surgía también dentro de nuestro propio círculo mágico. El horror a nuestra futilidad, a nuestra propia irrealdad, y no sólo al delirio del mundo, me había arrastrado a la colina.

Estábamos siempre atareados, en cosas urgentes e insignificantes, y el resultado era insustancial. ¿Habríamos juzgado erróneamente toda nuestra existencia? ¿Habría-

mos fundado nuestra vida en falsas premisas? Y en particular, esa sociedad nuestra, ese punto de apoyo, aparentemente tan firme, de actividad mundana, ¿no sería quizá sólo un débil torbellino de contenida y complaciente domesticidad, que giraba inútilmente en la superficie del gran río, y que en sí mismo carecía de profundidad, de significado? ¿No nos habíamos engañado a nosotros mismos? ¿No habríamos vivido sólo un sueño, como tantos otros, detrás de aquellas estáticas ventanas? En un mundo enfermo hasta los fuertes están enfermos. Y nosotros dos, que tejíamos nuestra menuda existencia arrastrados por la rutina, muy pocas veces con clara conciencia, muy pocas veces con una firme determinación, éramos productos de un mundo enfermo.

Sin embargo, esa vida nuestra no era mera y estéril fantasía. ¿No la habíamos tejido acaso con las fibras mismas de la realidad que habíamos unido saliendo de la casa y entrando en ella, una y otra vez, y en nuestros viajes entre el suburbio y la ciudad, y otras ciudades más remotas, y con los extremos de la tierra? ¿No habíamos tejido juntos una auténtica expresión de nuestra propia naturaleza? ¿Nuestras ocupaciones cotidianas no habían sido acaso como hilos más o menos firmes de vida activa, que se habían incorporado a aquella tela cada vez mayor, la intrincada y proliferante trama de la humanidad?

Pensé en «nosotros» con un sereno interés y una especie de divertida angustia. ¿Cómo hubiese podido describir aquella relación, aun para mí mismo, sin estropearla o insultarla con los chillones adornos del sentimentalismo? Pues aquel delicado equilibrio de dependencia e independencia, aquel mutuo contacto, astuto, fríamente crítico, pero amante, era seguramente un microcosmos de verdadera comunidad, era al fin y al cabo, dentro de sus límites, un ejemplo vivo y real de aquella elevada meta a la que el mundo aspiraba.

¿El mundo entero? ¿El Universo entero? Arriba, la oscuridad reveló una estrella. Una trémula flecha de luz, proyectada quién sabe cuántos miles de años atrás, ahora alcanzaba mis nervios como un punto visible, y me estremecía. ¿Pues qué podía significar nuestra comunidad, frágil, evanescente, fortuita, en un Universo semejante?

Pero, irracionalmente, sentí en mí una rara reverencia, no hacia el astro, un simple fuego que la distancia santificaba falsamente, sino hacia otra cosa, algo que mi corazón descubría en aquel terrible contraste entre la estrella y nosotros. Sin embargo, ¿qué podía ser eso? La inteligencia, mirando más allá del astro, no descubría ningún Hacedor de Estrellas, sólo oscuridad; ningún Amor, ningún Poder siquiera, sólo nada. Y, sin embargo, el corazón parecía cantar una alabanza.

Impacientemente, hice a un lado esta locura, y me volví de lo inescrutable a lo familiar y concreto. Aparté todo sentimiento de reverencia, y hasta el miedo y la amargura, y decidí examinar más fríamente ese notable «nosotros», sorprendentemente significativo, que nos parecía tan importante, y que en relación con las estrellas era algo tan fútil.

Aun prescindiendo de ese vasto escenario cósmico, donde todo parecía pequeño, éramos quizá insignificantes, y hasta ridículos, un accidente tan común, tan trillado, sólo una pareja casada, que había intentado vivir sin tensiones excesivas. El matrimonio en nuestra época era algo sospechoso, y el nuestro, con su trivial origen romántico, doblemente sospechoso.

Nos habíamos conocido cuando ella era aún una niña. Nuestros ojos se encontraron de pronto. Ella me miró un momento con una serena atención; con un oscuro y profundo reconocimiento, llegué yo a imaginar, románticamente. Yo por lo menos reconocí en aquella mirada —o así lo entendió la fiebre de mi adolescencia— mi propio destino.

¡Sí! ¡Qué predestinada me había parecido nuestra unión! Y ahora en el recuerdo, ¡qué accidental!

Por supuesto, como muchos viejos matrimonios, nos entendíamos muy bien, como dos árboles que han crecido unidos, distorsionándose, pero soportándose. Fríamente, la vi a ella ahora como un simple aditamento a mi vida personal, a veces útil, pero muy a menudo irritante. Éramos en realidad buenos compañeros. Nos concedíamos una cierta libertad, y así nos tolerábamos.

Esa era nuestra relación. Desde este punto de vista no parecía muy importante para la comprensión del Universo. Pero en mi corazón yo sabía que no era así. Ni aun las frías estrellas, ni aun la totalidad del cosmos con todas sus vacías inmensidades podían convencerme de que ese nuestro preciado átomo de comunidad, que era tan imperfecto, que moriría tan pronto, no tuviese ningún significado.

¿Pero esa indescriptible relación nuestra podía tener algún significado fuera de sí misma? ¿Probaba por ejemplo que la naturaleza esencial de los seres humanos era el amor, y no el odio y el miedo? ¿Probaba que todos los hombres y mujeres del mundo, aun impedidos por las circunstancias, eran capaces de crear una comunidad mundial, sostenida por el amor? Y siendo también ella misma un producto del cosmos, ¿probaba que el amor era la base del cosmos mismo? ¿Y permitía afirmar que nosotros dos—que alimentábamos su excelencia intrínseca— tendríamos de algún modo una vida eterna?

¿Probaba en verdad que el amor era Dios, y que Dios nos esperaba en el cielo?

¡No! Esa comunidad de espíritus, doméstica, amistosa, exasperante, alegre, simple, y tan preciada, no probaba nada de eso. No probaba nada sino su propia e imperfecta verdad. No era nada sino un epítome, muy pequeño, muy brillante, de las muchas posibilidades de la existencia. Recordé los enjambres de estrellas invisibles. Recordé el tumulto de odio, temor y amargura que es el mundo del

hombre. Recordé, también, nuestras disensiones, no poco frecuentes. Me dije que desapareceríamos muy pronto, como una onda que la brisa ha dibujado en el agua tranquila.

Una vez más percibí ese raro contraste entre las estrellas y nosotros. La incalculable potencia del cosmos acrecentaba misteriosamente la verdad de nuestra breve chispa, y el breve e incierto destino de los hombres. Y éstos a su vez aceleraban el cosmos.

Me senté en la hierba. Arriba retrocedía la oscuridad. Y la liberada población del cielo asomaba estrella tras estrella.

Las sombrías colinas y el mar invisible se extendían alrededor hasta perderse de vista.

Pero el halcón de la imaginación los seguía más allá del horizonte. Sentía que yo estaba en una mota de piedra y metal, envuelto en una delgada película de agua y aire, y que giraba a la sombra y a la luz del sol. Y en la superficie de esa mota, enjambres de hombres, en generaciones sucesivas, habían vivido en el trabajo y la ceguera, con intermitente alegría, e intermitente lucidez. Toda su historia, sus migraciones, sus imperios, sus filosofías, sus orgullosas ciencias, sus revoluciones sociales, su necesidad cada vez mayor de una vida en comunidad, eran sólo una chispa en un día de las estrellas.

¡Si uno pudiese saber, pensé, si en esa hueste centelleante había o no, aquí y allí, otros granos de roca y metal habitados por el espíritu, y si los titubeos del hombre en su persecución de la sabiduría y el amor eran sólo un estremecimiento insignificante, o parte de un movimiento universal!